Siglo diecinueve, 2023, vol. 29

págs. 7-36 , ISSN: 1136-2308, ISSN electrónico: 2695-9240

JUAN VALERA, MORSAMOR: MODERNISMO Y 98

JUAN VALERA, MORSAMOR: MODERNISM AND 98

Carlos Moreno Hernández
Universidad de Valladolid
ORCID: 0000-0001-9287-452X

Resumen: La última obra de Juan Valera, *Morsamor* (1899), relato de marco fáustico y meollo ejemplar, remeda a Luis de Camoens en un viaje prolongado en sentido opuesto al de Magallanes. Si exceptuamos *Genio y figura* (1897) y *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-5), poco tiene que ver con su obra anterior; sería, más bien, una aportación modernista a la polémica fin de siglo sobre el llamado "problema de España", reducido por los "noventayochistas" a la regeneración de una Castilla mesetaria en un arruinado imperio sin *el jirón lusitano*.

Palabras clave: Literatura española, siglo XIX, Juan Valera, Morsamor

Abstract: *Morsamor* (1899), last work of Juan Valera is a story with a Faustian framework and exemplary core that mimics Luis de Camoëns in a journey prolonged in the opposite direction to that of Magellan. If we except *Genio y figura* (1897) and *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-5), it has no parallel with his previous work and would rather be a modernist contribution to the *fin de siècle* controversy on the so-called "problem of Spain", reduced by '1898' writers to the regeneration of Castile, seen as a central plateau in a ruined Empire without Portugal.

Keywords: Spanish Literature, XIXth century, Juan Valera, Morsamor

MARSANO Y SU CONTEXTO

La cronología más aceptada de la llamada *Edad de Plata* (1868-1936) se configura en su primera parte, hasta el fin de siglo, en torno a varios temas, algunos prolongados más o menos hasta su final, tales como el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza, la unión ibérica, la cursilería y la nueva geografía basada en el concepto de *milieu*, o influencia del medio, inseparables todos del insoluble tema, o problema, de España sin Portugal. En el centro, el debate sobre la generación del 1898 y el modernismo, en el que se pueden incluir las dos últimas

obras de Juan Valera, *Genio y figura* (1897) y *Morsamor* (1899), esta última "libro de caballerías a la moderna", según dice el autor en carta a José María Carpio (08.08.1899). Mientras que Valera mira hacia Portugal y hacia el mundo, Unamuno y otros interiorizan el problema de España y se olvidan de la historia, o la explican por medio de una castiza Castilla mesetaria inexistente antes, sin base histórica alguna (Moreno, 2000). *Genio y figura* y *Morsamor* irían dirigidas más o menos solapadamente a los regeneracionistas y noventayochistas, en particular al Unamuno de los artículos que compondrían *En torno al casticismo* (1902), publicados en 1895 en la revista *La España moderna.* Es significativo que en el *Epistolario a Clarín* (I, 1941: 85 y 93) Unamuno riña a Leopoldo Alas por haber elogiado *Morsamor* y califique la obra de producto senil.

En el fondo de la polémica está el tema de Portugal, que tanto preocuparía a Unamuno, y la unión ibérica, que tanto preocupó a Valera, embajador que fue en Lisboa. Entre 1861 y 1862 publica el ensayo "España y Portugal", donde se lee al comienzo: "En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirán. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades" (Valera, 1861, I: 349). De este presupuesto deriva buena parte de la confusión sobre el asunto de la unión ibérica; no vale para las fechas en las que se escribe, después de dos guerras carlistas; tampoco vale para el fin de siglo, después de tres,[1] cuando publica *Morsamor*, como tampoco sería válido para el Galdós de *El caballero encantado* (1909) o de *Cánovas*, su último *Episodio*, publicado en 1912 y ambientado entre 1875 y 1880, episodio al que le sobra, si leemos el final, el adjetivo *nacional*. No hay ni habrá nación española, viene a concluir proféticamente Mariclío, la musa galdosiana de la historia, haciendo un resumen de los *tiempos bobos* de la Restauración borbónica: los políticos no han conseguido tal cosa ni la conseguirán, tan solo mantendrán el Estado, en connivencia con la Iglesia y el ejército, en manos de la corrupción generalizada.[2]

---

1 Sí valdría para Unamuno, quien, en su primera novela, *Paz en la guerra* (Madrid, Fernando Fe, 1897), aplica lo escrito sobre Castilla en los ensayos de 1895, en relación con la tercera guerra carlista (1872-1876): "[...] La mal ensamblada unidad española se resquebrajaba una vez más; los hijos del Pirineo y del Ebro se revolvían contra el espíritu de la meseta castellana..." (125). En el prólogo a la segunda edición (1923) afirma que esta obra es novela histórica e historia anovelada que entrega de nuevo a la nación como relato del más grande y más fecundo episodio nacional.

2 En el debate actual sobre los imperios y el Estado-nación, sostiene Krishan Kumar (2010: 125-128) que España y el Reino Unido habrían dado lugar durante la Edad Moderna a dos imperios globales configurados sobre Estados-nación que aún se mantienen como tales Estados-nación, pues estuvieron desde la Edad Media y aún están, en distinto grado, compuestas de otras naciones en estado de agregación y disgregación dentro y fuera de sus límites en la Europa más occidental. Según esto, España –la península ibé-

Morsamor podría leerse como una fabulación modernista de cara al regeneracionismo y al 98 sobre otra España frustrada, síntesis de la visión iberista de Valera centrada en la idea de civilización según Oliveira Martins, cuya *Historia de la civilización ibérica* reseña en parte en la *Revista de España* (1887). ¿Inspiró *Morsamor* en su argumento *El caballero encantado*, donde aparece ya prefigurada Mariclío?:

> Es preciso tener en cuenta el 'argumento' de El caballero encantado. Don Carlos de Tarsis y Suárez de Almondar, marqués de Mudarra y conde de Zorita de los Canes, terrateniente y oligarca, mantiene su tren de vida y ocios gracias a la explotación de los campesinos. Un extraño personaje, La Madre (Clío, España), lo transforma, precisamente, en jornalero miserable, y le hace peregrinar por Castilla la Vieja, en busca de su propia purificación y de su enamorada, la maestra Cintia. Desencantado y regenerado, Carlos-Gil, unido a su amante, luchará por desencantar y regenerar el país todo. (Rodríguez Puértolas, 1972: 118)

El caballero encantado sería una fábula regeneracionista sin el tema de la unión ibérica del que Valera se ocupa desde pronto, hasta llegar con *Morsamor* a su culminación nostálgica y desengañada. La influencia del *Quijote* en las dos obras ha sido estudiada (Juliá, 1990: 134-36 y Fernández Cordero, 2007: 143-150), pero sin considerar en la de Galdós la posible influencia de *La Numancia*, la tragedia cervantina de 1581, en la ubicación geográfica de la obra y en el hecho de que el noble transformado trabaje en las excavaciones de la ciudad celtibérica, dentro del territorio soriano que recorre, en la cabecera del Duero, río que desemboca donde nace Portugal como reino y protagonista de esa tragedia prefiguradora de la unión ibérica, el tema vertebrador de *Morsamor*.

Valera, al comenzar la acción de *Morsamor* en 1521, trata de evitar el anacronismo, no sin gazapos históricos, y enmarca a Portugal en el contexto ibérico, es decir, español, de ese tiempo, separando cuidadosamente los tres reinos de España en esa fecha e invirtiendo el viaje coetáneo comandado por Magallanes -un portugués que sigue la ruta "castellana" hacia el oeste- con el viaje comandado por un castellano que sigue la ruta portuguesa hacia el este y atraviesa el Pacífico desde Macao a la Tierra de Fuego. El viaje es el *exemplum*, historia alternativa que explica otra España posible que no pudo ser y también el problema mismo de España como Estado plurinacional –como lo fue Castilla– que se agudiza a finales del siglo XIX; es el problema que no ha resuelto sino precariamente el uniformismo borbónico aplicado

---

rica hasta el siGLO XVIII– fue la sede de un Estado-nación imperial con los Habsburgo y luego (sin Portugal) de otro Estado-nación imperial con los Borbones.

desde el siglo XVIII a una España sin Portugal, al contrario de Francia, con monarquía o república.[3]

La fecha de publicaciónn de *Morsamor* y algunas observaciones de la dedicatoria han sido interpretadas como respuesta idealizada de un autor desengañado ante el trágico conflicto en que se debate el país en 1898, pero DeCoster aporta un fragmento de una primera versión de esta obra que permite situar su primera composición entre los años 1887 y 1892; se sabe también que en 1896 Valera había escrito ya siete capítulos (Romero Tobar, 1984: 34), y en 1887 publica en la *Revista de España* "El budismo esotérico", asunto que usará en la obra, tal como había ya señalado Avalle Arce (1990: 436). Sin embargo, esos primeros capítulos son posteriores a los ensayos de Unamuno y pertenecen a los diez que abren el marco narrativo, relacionados más bien con su fuente medieval o fáustica. Lo significativo, o lo modernista fin de siglo, está en el *exemplum* central, relato fabuloso –épico o mítico– de las aventuras de Morsamor en su viaje desde Lisboa hacia el oriente, pasando por India, China, el sur del Pacífico y el Atlántico sur hacia el norte, parte central de 44 capítulos que remeda claramente *Os Lusíadas.*[4] El desengaño barroco y el desencanto romántico, ambos relacionados con el fracaso de la unión ibérica y la ruina del imperio, confluyen en los cuatro capítulos finales, en contraste con el capítulo II de la primera parte, el horizonte imperial que impele al fraile Miguel de Zuheros a volver a ser Morsamor:

> Mientras que Fray Miguel vivía vida contemplativa y obscura, una vida fecunda en acciones maravillosas se había desenvuelto en toda nuestra Península, salvando sus límites y confines, y derramándose con irresistible expansión por el mundo todo. Los reyes unidos de Aragón y Castilla habían vencido a los portugueses en Toro, vengando la afrenta de Aljubarrota;[5] habían conquistado el hermoso reino de Granada; habían expulsado de Italia a los franceses, enseñoreándose de Nápoles y de Sicilia. Un aventurero genovés había ofrecido llegar a Cipango y al Catay, atravesando con sus naves el nunca surcado y tenebroso mar

---

3 Francia se constituye también como un agregado de naciones en torno a la idea de *mission civilisatrice*, proceso que culmina entre 1870 y 1914 y que extiende a su idea de colonización (Kumar, 2010: 127). No es el caso de Portugal, cuyo imperio marítimo se ha reducido a su territorio peninsular disgregado de España desde el siglo XVIII.

4 Véase Ares Montes, 1973. Entre 1872 y 1874, en pleno fervor iberista, se publican 3 traducciones de *Os Lusíadas*, las mismas que hubo entre 1580 y 1591, tras la unión ibérica filipina. Por otro lado, el estilo de la obra es alto, y Morsamor utiliza también un lenguaje elaborado que preludia autores como Valle-Incán.

5 La rivalidad entre los reinos de Castilla y Portugal tiene uno de sus puntos culminantes en la batalla de Aljubarrota (1385), cantada por Camoens en *Os Lusíadas*. En la batalla intervino un contingente de Soria al mando de Juan Ramírez de Arellano, señor de Cameros, quien pereció junto a todos sus soldados, menos uno, que volvió a su tierra y su propio padre le dio muerte por no haber perecido en combate. La leyenda es recogida en dos versiones de la revista *Recuerdo de Soria,* en 1881 y 1900. En la ciudad de Soria hay una calle llamada *Héroes de Aljubarrota*.

> de Sargaso, y el aventurero había descubierto extensas y hasta entonces incógnitas regiones, (…) En competencia con ellos y movidos por idéntico impulso, los portugueses habían persistido en su casi secular empeño de navegar hasta el extremo Sur de África, de ir más allá navegando, y de llegar a la India y de apoderarse allí del comercio, y de la riqueza de que hasta entonces habían gozado árabes, persas, venecianos y genoveses. (…) lo que más le seducía, lo que ejercía fascinador influjo en su ánimo y le atraía poderosamente, era el éxito de los portugueses en la India. (Valera, 1899, 1, II: 8-9, 14-15)[6]

La derrota de Aljubarrota es compensada por la victoria de Toro y los tres reinos de España en 1521 tienen cada uno su misión: oriente, occidente y Mediterráneo, pero Castilla fue anulada justo entonces como reino y en su territorio es impuesto el absolutismo del imperio Habsburgo, que hace en él su sede *–Así lo quiere el rey–*, al que sucede, sin Portugal, el absolutismo borbónico para todos los territorios, pretendiendo aún, durante el siglo XIX, absorber mediante uniones dinásticas a la monarquía portuguesa o dirigir, en su defecto, una Iberia supranacional.

ESPÍRITU CASTELLANO Y ESPÍRITU IBÉRICO

A finales de siglo el tema ibérico reverdece, debido en parte, por un lado, al ultimátum británico a Portugal en 1890 para hacerle renunciar a sus pretensiones de unir Angola y Mozambique, y la consiguiente crisis y caída de la monarquía, entre esa fecha y 1910; por el otro lado está la última guerra de Cuba y su pérdida (1895-1898), con Filipinas, al intervenir Estados Unidos en 1898. Las dos últimas obras de Valera contribuyen al debate sobre la decadencia de los imperios ibéricos con sus ideales creadores de civilización frente al imperio global británico y americano, y la primera guerra mundial renueva el tema en la neutral Iberia. *Ultimátum* se titula un texto de 1917 (*Portugal Futurista*, 1, Lisboa; Pessoa, 1980) en el que Fernando Pessoa ataca a Europa, tal como hizo Camoens en *Os Lusíadas*, y entre uno y otro ultimátum discurre el modernismo, estético ideológico, en el que el portugués confluye con el vasco Unamuno y no dejan de contradecirse, oscilando ambos entre sus nacionalismos respectivos –mesiánico uno, castellanista el otro– y el iberismo común enfrentado a Europa.[7]

---

6 *Morsamor* consta de XLIV capítulos con el título "Las aventuras" (2), enmarcados en una primera parte (1) de diez capítulos (I-X, "En el claustro") y en otra parte final (3) de cuatro (I-IV, "Reconciliación suprema"). Citamos la parte seguida del capítulo y la página de la edición príncipe (1899). Citamos por la parte y su capítulo.

7 A Unamuno le llamaban, según Juan Ramón Jiménez (*El modernismo. Notas de un curso*, México, Aguilar, 1962: 232-3), "ese tío modernista"; era un "modernista ideológico", frente al modernismo estético de Rubén Darío. Señala también Juan Ramón (158-9) la ascendencia portuguesa de Antonio Machado. La semejanza entre apócrifos y

En el prólogo fechado en Salamanca a la segunda edición de *Paz en la guerra* (Madrid, Renacimiento, 1923) dice Unamuno:

> Al entregar de nuevo al público, o mejor a la nación, este libro de mi mocedad, aparecido el año anterior al histórico 1898 –de cuya generación me dicen–, este relato del más grande y más fecundo episodio nacional, lo hago con el profundo convencimiento de que si algo dejo en la literatura a mi patria, no será esta novela lo de menos valor en ello. Permitidme, españoles, que así como Walt Whitman dijo en una colección de sus poemas: «¡Esto no es un libro; es un hombre!», diga yo de este libro que os entrego otra vez: «Esto no es una novela; es un pueblo».
>
> Y que el alma de mi Bilbao, flor del alma de mi España, recoja mi alma en su regazo (4)

Después de casi treinta años desde los ensayos en torno al casticismo publicados en *La España Moderna* (1895) Unamuno sigue fiel a su idea de España como nación, o patria, o pueblo, indisociable de su lengua castellana compartida en Bilbao y Salamanca y por encima de cualquier otro nacionalismo ibérico. El *Volksgeist* o espíritu de un supuesto pueblo castellano, se ha mantenido desde entonces, con algunas vacilaciones. Sus ensayos de 1895, no obstante, pasaron bastante desapercibidos hasta 1902 –lo mismo que el cruce epistolar con Ángel Ganivet en 1898 a próposito de la publicación del *Idearium español* (1897)– y no tendrían verdadera influencia hasta su salida en volumen, cuando ya se había producido en Unamuno un cambio de ideas, sólo parcialmente consignado en el prólogo que figura en el libro. En unas cartas de Unamuno a Clarín de 1895 le da cuenta de los ensayos y confiesa ya que se arrepiente de muchas cosas, temiendo ser mal entendido; no vuelve sobre el tema hasta 1898 y en otras cartas alude a su intención de reunir en tomo los ensayos; en 1899 dice que piensa publicarlos, aunque no encuentra editor. Por fin, en 1902, aparece el libro con el título de *En torno al casticismo* (Barcelona, Fernando Fe), sin cambios respecto a 1895 y con un prólogo en el que alude a las adiciones y revisiones que no hizo. Es clara la influencia de los ensayos en Azorín, tanto en *La voluntad* (1902) como en *La ruta de don Quijote* (1905); tampoco añade ni quita nada de sus cartas a Ganivet en 1898 cuando se vuelven a publicar en 1912, a pesar de su cambio de parecer, y así lo hace constar también en el prólogo (Moreno, 2000: 169).

Al año siguiente escribe Azorín en *ABC* (Febrero de 1913) su réplica a Ortega y Gasset, reclamando la generación del 98 luego negada por buena parte de la crítica: “La vocación provinciana de los españoles

---

heterónimos es evidente y los primeros libros del sevillano corren paralelos al *saudosismo* de Teixeira de Pascoaes, autor de “El alma ibérica”, de iberismo contradictorio también [rayanos.com].

pocas veces se declaró con tanta agresividad como en este singular empeño de separar lo nuestro de lo hispánico total, lo peninsular de lo universal. (…) pronto se llegó a la conclusión de que en la literatura española de la época lo decisivo era el elemento autóctono, numantino, irreductible" (Gullón, 1967: 150). Pedro Salinas (1970: 13 ss.) interpreta que los del 98 son, ante todo, un grupo de "recogidos" hacia "Castilla" y "lo castellano", frente al cosmopolitismo modernista.[8]

Dos años después de la invención del 98 publica Unamuno en la revista aliadófila de Barcelona *Iberia* un artículo ("Iberia", 10.04.1915: 3) en el que el antiguo "espíritu castellano" de los ensayos de 1895 se ha transformado en un "espíritu ibérico" que une y diferencia, a la vez, a los "pueblos peninsulares". Unamuno tiene en cuenta ahora la diversidad lingüística de España y cree razonable pensar que la interpenetración de las lenguas pudiera ser la fuente de la integración peninsular, pero la lengua castellana sería el elemento integrador, como lo fue hasta el siglo XVIII. En una entrevista de 1930 publicada en el lisboeta *Diário de Notícias* aboga por el uso del castellano en toda la península debido a su importancia a nivel mundial, lo que provoca el rechazo de Pessoa (1980: 193), otro iberista contradictorio[9] más al estilo de Juan Valera, que soñaba con una Iberia que tuviera en Europa y en el mundo el papel que había tenido en el siglo XVI, ese tiempo de *Morsamor*; pero esa unión ibérica no era para él una unión de Portugal con España; sólo sería posible con la desaparición de la España del imperialismo castellano, es decir, Castilla imperando todavía en un agrupamiento que no consiguió integrar porque no integró a Galicia ni a Cataluña. Para Pessoa (1980: 13) el espíritu ibérico, la *ibericidade*, es una fusión del espíritu mediterráneo con el atlántico, por eso cree que sus dos columnas son Cataluña y la nación galaico-portuguesa. Castilla sería sólo una región de intercambio y desestabilización de esas dos influencias límites y su papel sería el del fiel de la balanza entre esas dos inclinaciones marítimas. Otras veces parece acercarse a Unamuno al insistir en un "espíritu castellano" identificado con España, enemigo del "espíritu ibérico":

> A primeira nação inimiga da Ibéria é a Espanha – no sentido de a actual Espanha, Castela imperando antinaturalmente num agrupamento que não conseguiu absorver, porque não absorveu a Galiza nem a

8 José Martínez Ruiz, 'Azorín', *Castilla* (1912), preliminares: "Se ha pretendido en este libro aprisionar una partícula del espíritu de Castilla". Cinco años después parece recapacitar y en *El paisaje de España visto por los españoles* (1917: 67) dice: "A Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura. La Castilla literaria es distinta, acaso mucho más lata, de la expresión geográfica (?) de Castilla" (Interrogación nuestra).

9 Compárense sus anotaciones iberistas no publicadas, fechadas desde 1915 (Pessoa, 1980; 2013) con sus poemas nacionalistas agrupados en *Mensagem*, su única obra publicada en vida (1934).

> Catalunha. (…) Assim o espírito castelhano é fundamentalmente inimigo, no seu espírito, da Ibéria. Mas estes característicos, que tornam Castela magnificamente incompetente para hegemonizar na Ibéria admiravelmente a dispõem para equilibrar as tendências (em outros sentidos excessivas) dos dois outros povos ibéricos. Por onde se vê que tudo se acha harmonizado pelo Destino para a futura confederação. (Pessoa, 1980: 12)

Pessoa no es tampoco consecuente, si no es anacrónico también, con su insistencia en distinguir España de Portugal, como Estados o como naciones, antes del siglo XVIII. Los Habsburgo –la casa de Austria– reinaron en toda España –la península ibérica– desde 1580, todavía no en 1521 cuando Morsamor sale de Lisboa y Castilla es borrada del mapa como reino plurinacional por las fuerzas imperiales, cuando España tiene dos reyes, uno de ellos emperador Habsburgo. Compárese con lo que dice Unamuno –lo mismo, en el fondo– en el mismo apartado antes citado de *En torno al casticismo*:

> El haber ocupado el trono de Castilla un emperador de Alemania, determinaron la marcha ulterior de la política castellana; pero si las circunstancias hacen al espíritu, son modificadas por este mismo y recibidas en él según él es […] Castilla, sea como fuere, se puso a la cabeza de la monarquía española, y dio tono y espíritu a toda ella. Lo castellano es, en fin de cuenta, lo castizo. (Unamuno, 1895: 64)

Los anacronismos se suceden ¿Qué política castellana? ¿Qué monarquía española? ¿Cómo se va a poner a la cabeza de la monarquía lo que ha sido anulado? ¿Cuáles son las fuentes históricas de Pessoa y Unamuno? No parece que dependan de Oliveira Martins, pero tendrán en común esa visión de Castilla que sigue dominando después de muerta, sobre todo en Portugal, como Inés de Castro. Es el mismo imperio el que integra, o liquida, los tres reinos españoles, Castilla, Aragón y Portugal. ¿Leyó Fernando Pessoa los artículos ibéricos de Valera y Unamuno? Los suyos, póstumos, fechados desde 1915, o sin fecha, se acercan a uno y otro a partir de entonces; a veces parece repetir lo que pensaban, formulado en otros términos, Valera y Oliveira Martins:

> Podíamos levar a nossa análise até ao ponto de tentar destrinçar quais os prováveis resultados culturais dessa *ibericidade* realizada. Podíamos tentar antever a que consequências de novidade europeia levaria a realização material do espírito ibérico, que nova doutrina religiosa, ou política, ou artística, surgiria do facto consumado de a Ibéria se ter encontrado enfim (…) a nação cultural se sobrepôs às nações naturais (…) Só as línguas imperiais sobrevivem. Só as línguas dos povos que criam império têm direito ao futuro, e, portanto, ao presente nacional. Nós portugueses, somos um povo pequeno, mas somos um povo imperial, cuja língua alastrou por sobre o mundo, que criámos civilização, e não simplesmente a vivemos. (Pessoa, 1980: 13, 20)

Por otro lado, aunque la distinción del vasco Unamuno entre "casta histórica" y "casta íntima" pudiera equipararse a la que propone Ganivet en su *Idearium español* entre los "hechos exteriores" y las "tendencias auténticas", el granadino no deriva las características del hombre español, o peninsular, de las del "hombre castellano" y su medio; su postura se acerca más a la del cordobés Valera –sus conclusiones sobre la unión ibérica son análogas– y a la del portugués Oliveira Martins,[10] y no es, en este aspecto crucial, un hombre del 98. No obstante, sí lo sería otro vasco, Ramiro de Maeztu, en su libro *Hacia otra España* (1899), donde identifica meseta con Castilla en el apartado "La meseta castellana", como Unamuno;[11] o bien, a otro nivel, el gallego Menéndez Pidal en sus estudios sobre el castellano. Su primera obra es un estudio sobre el *Poema del Cid*, por el que ganó en 1893 el concurso convocado por la Real Academia Española en competencia con el trabajo de Unamuno *Gramática y glosario del Poema del Cid*.

En este mismo año de 1899 tiene lugar la aparición de la *Revista Nueva*, que sirve también de vehículo al regeneracionismo. En el número tres aparece un artículo de Eliseo Reclus, el geógrafo francés del que bebe Unamuno y en el número 9 el geólogo Eduardo Hernández-Pacheco incluye un pequeño artículo titulado "Las mesetas de moda" que puede considerarse una crítica directa a Maeztu, y cuyo comienzo es muy significativo:

> Ahora le ha tocado estar de moda a las mesetas castellanas; antes nadie se acordaba de que en España hubiese mesetas; sencillamente se decía: la Tierra de Campos o la Mancha; pero alguien ha sacado de los libros de geología o de geografía ese nombre tan sugestivo y tan bonito, y rápidamente se ha puesto en circulación; claro está que las tres cuartas partes de los que escriben respecto de la meseta castellana (las mesetas debe decirse, porque son dos) no saben cuales son sus límites ni por qué llevan ese nombre; pero eso no importa; la cuestión es tratar el asunto de actualidad, aunque sea sin conocerlo. (I: 400)

Nadie se acordaba porque nadie se había planteado que hubiera tal cosa hasta la llegada del alemán Alexander Humboldt a principios de siglo midiendo las alturas en su viaje de Valencia a Vigo, de donde abstrae, *grosso modo*, un altiplano (*Hochebene*) central, y los geógrafos

10 Unamuno menciona la lectura de Oliveira Martins como posterior a la redacción de los ensayos de 1895 (Moreno, 2000: 150).

11 Sin embargo, en su *Defensa de la Hispanidad* (1934), ya no más Castilla para Maeztu, la meseta que en 1899 había que industrializar; sólo España y su imperio de la fe que hay que restaurar. Tampoco Portugal y sus gestas tiene relevancia. La meseta, para Maeztu, se extendía desde Jaén hasta Vitoria, desde León hasta Albacete, desde Salamanca hasta Castellón, desde Badajoz hasta Teruel.

posteriores dos mesetas. Las afirmaciones del geólogo no dejan de ser contradictorias, pues dice, por un lado, que son los especialistas como él quienes deben ocuparse del tema, y no "cuatro literatos presuntuosos y pseudo-enciclopédicos" que no hacen sino extraviar a la opinión; por otro, hace algunas afirmaciones con resabios literarios que podrían considerarse deterministas, como la identificación entre castellano y mesetario, que bastantes años más tarde, en 1928, amplía incluso a numantino, al señalar la importancia estratégica de Numancia para los romanos, como llave de *la meseta* que es (Moreno, 2000: 170-1). La geografía, parece, no acaba de ser una ciencia exacta.

Otro geógrafo, Ricardo Macías Picavea publica, también en 1899, su libro *El problema nacional*, con clara influencia de Joaquín Costa y Unamuno en su pesimismo sobre los defectos "nacionales" y su petición de un salvador, desconfiando de la masa. Macías Picavea, afincado en Valladolid, es autor de una novela (*Tierra de campos*, 1897-98). La decadencia, para él, viene del "austracismo" y sus defectos derivados de él y de una geografía mesetaria predominante –"los llanos de ambas Castillas"– donde comienza la España pura y castiza y el tipo común del español actual, de origen beréber. Con *Tierra de Campos* pensaba Macías Picavea establecer la novela regional castellana. Juan Valera, al comentar el discurso de ingreso de José María Pereda en la Real Academia (1897), titulado "La novela regional", dice:

> El señor Macías, a lo que parece, gusta como Pereda del regionalismo en este género de poemas en prosa. Supone que Pereda describe el norte montañoso de Castilla; doña Emilia Pardo Bazán, la región gallega; Armando Palacio Valdés, las Asturias; Pérez Galdós, la sociedad madrileña; y Fernán Caballero años ha, y yo mucho más tarde, la vida y las costumbres de los andaluces. De suerte que, deseando el señor Macías que cada región de España tenga sus cronistas y descubridores novelescos, se decide a describir y describe la meseta central de España, la tierra de campos, la parte llana de Castilla la Vieja. Del conjunto de todas estas descripciones parciales saldrá o podrá salir más tarde la descripción total, la novela nacional íntegra, si es que ya Cervantes no la produjo en el Quijote. (cit. Moreno, 2000: 211)

Nótese que el texto de Valera se refiere a la parte llana de una Castilla Vieja que integra la parte llana de León, dejando fuera lo montañoso, castellano –como Santander– o leonés. Es la geografía que todavía comparten en sus obras un Alarcón o un Galdós.

Igual que en el caso de Unamuno con sus ensayos de 1895, *El problema nacional* de Picavea pasó desapercibido; pero luego, tras los elogios de Emilia Pardo Bazán y las citas de Costa, se fue imponiendo como un programa para la regeneración que permite al prefascismo europeo cuajar en España, vinculado luego ideológicamente con la España de la posguerra y su nacionalismo mesiánico. El supuesto papel histórico de una Castilla inexistente se restaura con las nuevas ideas que el siglo XIX aporta sobre la relación entre el hombre y el medio, en

una versión kitsch –fabricar cosas nuevas con viejas, o viceversa, dando gato por liebre– que incluye ese paisaje mesetario que entonces se construye como el propio de Castilla, proyectándolo hacia el futuro, con sus variantes: Castilla –el reino?– se hizo España (Joaquín Costa, 1901), todo ha de someterse a su historia y su lengua, abramos el sepulcro del Cid y que cabalgue de nuevo, pero no el Cid guerrero, el fracasado, sino el Cid de Santa Gadea, el que pide cuentas al rey; variante segunda: Castilla (?) hizo a España y la deshizo (José Ortega y Gasset, 1920), arrasemos lo que queda del castillo y pongamos agua para riego y traigamos capitales e ideas de la periferia y de Europa, ensayemos otras maneras de ser español. Variante tercera: Castilla (?) hizo a España y España deshizo a Castilla (Claudio Sánchez Albornoz, 1931, vía Menéndez Pidal), volvamos a ponerla en pie, pues España no volverá a ser grande si Castilla no se rehace.

Todo esto, de conocer la retahila, le era extraño a Valera y a los promotores de la unión ibérica en el siglo XIX o a los escritores de la renaixença catalana o de la renasçensa portuguesa, antes o después del fin de siglo, para quienes Castilla sigue siendo el poder central que les amenaza o les roba. ¿De qué España hablan Costa, Ortega y Sánchez Albornoz? La confusión entre Estado y nación es el punto común, en torno a Castilla.

VALERA Y PORTUGAL

El folleto "La fusión ibérica" (1861), del entonces periodista Pío Gullón, aboga, como Cervantes en *La Numancia* (vv. 513-524), por reunir en una sola monarquía, "castellana" o "española", lo que fue separado, mientras que Valera, en sus artículos de respuesta, admite dos "naciones", al menos, que podrían volver a integrarse sin abandonar su historia y sus peculiaridades, y rechaza la época de los Felipes simpatizando con los monárquicos portugueses a quienes se dirige al aludir a la guerra de los veintiocho años (1640-1668) que siguió a la rebelión y coronación de Juan IV, duque de Braganza, cuya dinastía sigue reinando en Portugal: "Entonces os mostrabais con fundamento aborrecedores del mal sufrido cautiverio, del 'Hypocrita tyranno e não prudente', y de los dos Felipes sus sucesores; pero no aborrecíais tanto, como muestran ahora aborrecer algunos, a la nación española" (*Revista Ibérica*, 06.12.1861: 439). Luego remite a la época de los descubrimientos y a la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, cuando Morsamor emprende su viaje y cuando, justamente, no había nación española y sí, todavía, por poco tiempo, un reino Castilla en rebelión abierta contra el emperador Carlos V.

Unos años después Valera escribe que las uniones nacionales "se hacen cada vez más difíciles, porque mientras se retardan, mayores diferencias y rivalidades nacen entre las naciones de que se desea componer una sola" (Valera, 1864: 349). Valera, pues, identifica nación y

monarquía, ya que españoles y portugueses "son amantes de la patria con un sentimiento harto exclusivo; y una y otra dinastía representan de tal suerte la gloria y el gran ser de la respectiva patria, que hasta republicanos y antidinásticos se vuelven monárquicos de doña Isabel II o de don Pedro V" (Valera, 1864: 351). De ahí, tal vez, el giro de Valera en el contexto del Sexenio Revolucionario junto con otros iberistas lusos como Jerónimo da Matta –obispo de Macao, prologuista y mentor de *La Iberia* (Lisboa, 1851) del catalán Sinibaldo de Mas–, Latino Coelho o Casal Ribeiro, que se fueron retractando de sus manifestaciones y publicaciones, incompatibles con la nueva situación política:[12] "En el imaginario nacionalista del liberalismo de Valera, los monarcas eran los líderes de dos pueblos o nacionalidades, lo que hacía necesario superar el binomio dinástico en aras de construir una unión ibérica. Las identidades, forjadas en torno al icono real, solo cederían a un proyecto transnacional superior en caso de matrimonio dinástico" (Rina Simón, 2017: 217, 230).

Valera apenas vuelve a manifestarse públicamente sobre el asunto hasta la reseña a Oliveira Martins de 1887, al que sigue en su iberismo, reducido a la idea de civilización común a nivel peninsular. Luego, más de un decenio después termina de escribir *Morsamor*, probablemente como testamento literario o alternativa anovelada al caso, lejos del determinismo regeneracionista que, por entonces, pretende reinventar España en torno a Castilla, desde Joaquín Costa y los ensayos casticistas de Unamuno hasta el Azorín de *Castilla* y su réplica a Ortega. *Morsamor*, en cambio encajaría mejor, como aventura estética que es, en el modernismo como movimiento artístico volcado hacia afuera, aparentemente no ideológico, pues se dice cosmopolita y preciosista. o "barroco", y propende al exotismo, incluyendo aquellos aspectos esotéricos que tienen que ver las otras religiones y prácticas del oriente puestas de moda con la teosofía de Elena Blavatsky. Rubén Darío envía a Valera un ejemplar de *Azul…* (Valparaíso, junio de 1888), libro que el novelista reseña en dos artículos de "Los lunes de El Imparcial" (22 y 29 de octubre), integrados luego en las ediciones de *Azul…* como parte del prólogo y muestra de una primera crítica valiosa y favorable, con reticencias. El libro de Darío pasa luego a ser el manifiesto iniciador del modernismo hispánico. Algunos fragmentos de la crítica de Valera podrían también situarse en él, junto a sus ideas estéticas de siempre,[13]

12 En cambio, la nueva situación política es ensalzada en Portugal por Antero de Quental, quien publica en 1871 el folleto de su discurso "Causas da decadencia dos povos peninsulares" (sin traducción al castellano hasta 2017), de gran influencia en Oliveira Martins.

13 Juliá sostiene que *Morsamor* es una novela precursora del modernismo, pero ni es novela, propiamente -es más bien apólogo, como *Las ilusiones del doctor Faustino*- ni es precursora, pues Valera ya había definido implícitamente el modernismo en su reseña a *Azul*…, el libro iniciador.

pero lo ideológico es inevitable, enmascarado en la nostalgia de la supuesta grandeza pasada de una supuesta nación, España. En la dedicatoria a *Morsamor* se lee:

> he puesto en mi libro cuanto se ha presentado a mi memoria de lo que he oído o leído en alabanza de una época muy distinta de la presente, cuando era España la primera nación de Europa. Así he procurado consolarme de que hoy no lo sea (…) Bien puedo asegurar que hay en ella "Cuanto puede hacinar la fantasía, / en concebir delirios eminente: / magia, blasón, alquimia, teosofía, / náutica, bellas artes, oratoria, / brahmánica y gentil mitología, /sacra, profana, universal historia / y otras mil curiosidades". (Valera, 1899: V-VI)

Entre esas curiosidades está la teosofía, anunciada ya para el futuro de finales del siglo XIX por el místico hindú o tibetano que encuentra Morsamor antes de llegar a China (Valera, 1899, 2, XXXII: 212). España –la península ibérica– se proyecta en *Morsamor* hacia afuera, globalmente, y da la vuelta al mundo; lo que fue y fracasó por y desde su desunión misma es lo que recrea Valera frente a la rémora del casticismo castellanista de Unamuno y del sebastianismo de Pessoa. En la reseña a la *Historia de la civilización ibérica* de Oliveira Martins (1887), libro dedicado a Valera, aparecía el separatismo catalán al lado de los problemas del regionalismo, problema cuyas causas son caracterológicas, dice, pues los españoles –los de hoy y los de ayer en un mismo saco– *somos* intransigentes e intolerantes:

> Así echamos nosotros á los judíos en el siglo XV y á los moriscos en el siglo XVII; así se separaron de nosotros los portugueses, y así, por último, se advierte, en el fondo de todo ese movimiento catalán, algo como aspiración á cierta autonomía; el vago pensamiento de que siendo los catalanes más industriosos, más ingeniosos, más activos y más ordenados, pierden muchísimo con estar unidos á los castellanos, flojos, imprevisores é inhabiles para los negocios que importan en el siglo en que vivimos.
>
> En balde es que el regionalismo catalán se encubra con el traje literario. Al abrigo de este traje, cuando no late el corazón separatista, se fomenta y se incuba el sentimiento de imaginada o de real superioridad, con sus inevitables consecuencias, poco favorables para Castilla. Un castellano imparcial, como yo creo que lo soy (salvo la suposición atrevida de llamarme castellano habiendo nacido en el Reino de Córdoba), reconoce desde luego todas las nobles prendas de los catalanes. (Valera, 1887, I: 598-9)

La confusión de Valera españoles y castellanos ('nosotros', con reservas) es notoria y a la vez contradictoria. Los del 98 y sus adláteres, sean literatos o historiadores, no sólo caerán en ella y tratarán de justificarla, sino que reducen Castilla a dos mesetas o altiplanicies centrales uniformes, abstracciones de los geógrafos del siglo XIX a las que atribuyen la razón de ser de España; de ahí que dude Valera mismo si será

castellano siendo de Córdoba y no admita luego razones históricas o de carácter, ni lengua propia, para hacer una nación. Si fuera así, dice, otras regiones podrían serlo también, naturalmente.

¿Qué es lo que distingue propiamente a la nacionalidad portuguesa? –se pregunta Valera– y responde: las hazañas de sus navegantes hacia la India y el poema épico que las celebra, *Os Lusíadas*. Es lo que admira más el fraile Miguel de Zuheros y luego, transformado en Morsamor, le impulsa a sus propias hazañas desde Lisboa; pero siguen las contradicciones y volvemos al comienzo de los artículos de 1861-2. En la península hay sólo dos naciones:

> La casta ó la nacionalidad se funda en un organismo superior al de la unidad política del Estado, y persiste, aunque la unidad política se rompa. De aquí es que los americanos, en cierto alto sentido, sigan siendo ingleses, españoles o portugueses. (…) Menester ha sido de un conjunto de circunstancias extraordinarias, de un verdadero prodigio histórico, para que en la Península sea y tenga cumplida razón de ser, además de la nación española, otra nación, la nación portuguesa. Menester ha sido, como ya hemos dicho, que ni en 1385, ni en 1476, ni en 1491 se realizase la unión y que permaneciésemos separados en el momento histórico, un siglo, de la más pasmosa expansión y brío del genio peninsular, el cual, no individuo, sino encarnado en dos, se derramó por el mundo, agrandó el concepto de las cosas creadas, se extendió por mares nunca navegados, descubrió inmensos continentes e islas, y lo avasalló todo como á porfía. El Vicario de Cristo tuvo que tirar una línea para dividir el planeta que habitamos, y que nos partiésemos en paz su dominio. (Valera, 1887, I: 608-9)

Las hazañas de aragoneses y catalanes en el Mediterráneo no cuentan, solo los "castellanos" se reparten el botín con los portugueses por los mares ignotos. Aquí, ahora, "castellanos" significa claramente reino de Castilla, ese reino que anula el emperador Habsburgo Carlos V y en cuyo territorio gobierna; pero, de nuevo contradiciéndose, añade:

> Nunca, sin embargo, se contrapuso esa nacionalidad –la portuguesa– á la de España. En los buenos tiempos de Portugal, todo portugués se consideró español. El mayor encomio que se hacía de Camoens era llamarle Príncipe de los poetas españoles. Y á pesar del dualismo, que tan altos sucesos justificaron, persistió y persiste la unidad superior, que hace de todos los españoles una misma gente, con la misma civilización y con el mismo genio ó espíritu. (Valera, 1887, I: 610)

Esta es la verdad, concluye Valera, que desarrolla el libro de Oliveira Martins; pero hay un corolario: La separación ocurrida desde 1640 no ha beneficiado a España ni a Portugal:

> Su decadencia y postración, así como sus periodos de relativa convalecencia y renacimiento han sido desde entonces casi sincrónicos con los de España, dando así una prueba más de que no es la tiranía avasalladora de Castilla la que hunde ó enferma las otras regiones de la

> Península, sino que el mal es uno, y el vicio, si le hay, es uno, y circula por todas por todas las venas de toda la casta española, con un solo Gobierno, o con dos o con veinticinco. Si hay culpa, no es exclusiva de los castellanos, sino de todos los iberos. (Valera, 1887, I: 610)

El tono parece haber cambiado. ¿Trata de enmendar la confusión o incoherencia escribiendo *Morsamor*, su última obra, una ficción libre, una aventura erótica y estética en la que se siente cómodo? Es lo que ha hecho siempre, propiamente, pero integrando ahora en ella la aventura épica y haciendo su testamento o despedida con ella. Los otros dos ensayos que dedica a Martins se ocupan principalmente de la decadencia en relación con la historia interesada de los pueblos europeos hostiles. Solo los alemanes, en el siglo XIX, dijeron algo bueno sobre España. A pesar de todo, "la fe en el iberismo, o sea, en la unidad de civilización, de fin, de destino y de genio, en todos los pueblos peninsulares, que vienen a ser así un solo pueblo, persisten en los pensadores portugueses más aún, si cabe, que en los españoles. El más claro testimonio de esta persistencia le da el señor Oliveira Martins" (Valera, 1887, II: 290).

Al hilo de la lectura Valera reflexiona de nuevo sobre el asunto de las nacionalidades ibéricas y escribe, anticipándose a lo que pensarán Unamuno y Pessoa mucho más tarde:

> Por cima del lazo político, que no existe hoy entre Portugal y el resto de España; por cima de la diversidad de lenguas, ya que en Portugal hay una lengua literaria y en la España restante otra, o mejor dicho, dos o tres, pues no hay razón para negar la calidad de lenguas literarias a la catalana y a la gallega, se da algo de común, que hace de todos cuantos viven hoy en España una misma gente, y aun incluye en esto a cuantos de España han salido en el momento de su mayor expansión, y han llevado su sangre, su cultura, su habla y su modo de ser a remotísimas regiones. Dentro, pues, de la civilización europea, pero con independencia y originalidad y rasgos característicos que la distinguen, sentimos que hay una gente española y una civilización española que prueba la unidad de esta gente.
>
> Presupuesta la unidad, que enlaza a los hombres de la Península hispánica y que los separa de los demás hombres de Europa, el señor Oliveira Martins trata de explicarla y describirla y de cantar sus glorias. Esto constituye su libro, del que con rapidez voy a dar un resumen, impugnando varios asertos o más bien haciendo salvedades y distinciones, ya que disto bastante de estar en todo de acuerdo con el Sr. Oliveira Martins. (Valera, 1887, II: 292-4)

La tercera parte del ensayo-reseña se ocupa, más que nada, de filosofía de la historia en relación con los pueblos ibéricos y europeos:

> Todo el conjunto de cosas que crea el espíritu humano se llama civilización, y dentro de esta civilización general están las nacionalidades con sus diversos caracteres, miras y fines o propósitos. Una nación es, pues, obra de arte, creación de nuestra voluntad y de nuestro inge-

> nio; pero el ingenio humano no saca de la nada lo que crea y toma para crear elementos naturales que á ello se prestan; y si no, no logra su fin por grande que sea su conato. Entendidas las cosas así y dando al concepto de nación el valor que hoy tiene, no se puede decir que hay nación española hasta fines del siglo XV. Aún es más; si por nación hemos de entender un solo Estado con un solo organismo político, aún no hemos llegado á ser nación y tal vez nunca lo seamos; pero el prurito de serlo, luchando sin duda con otros sentimientos regionales y separatistas existe desde el siglo XV, por lo menos, y con ese prurito existe una idea, un genio, un espíritu común á todos, que nos une entre nosotros, y nos distingue y separa de los demás pueblos europeos, con los cuales formamos, no obstante, cierta superior comunión, y hemos creado y seguimos creando una civilización más alta y comprensiva. (Valera, 1887, III, 582)

Por nación española parece entender Valera aquí la unión dinástica de los Reyes Católicos, primer paso para la unión ibérica, pero luego la idea de Estado-nación imperial se perfila, asociada a la obra de arte, a la creación; es cosa de genio y espíritu, civilización, en el sentido que le da Oliveira Martins y que le dará Pessoa, fundamento común a los pueblos ibéricos en un sólo espíritu civilizatorio, y siendo así se comprende mejor el afán aventurero de Morsamor proyectado al tiempo del viaje de Magallanes.

Valera concluye la reseña y anuncia su continuación, dedicada a la decadencia, pero no vuelve al asunto, quizás es ya consciente de la rémora nacionalista que arrastra la historiografía de su tiempo, en la que él mismo y Oliveira Martins han participado, mezclando más o menos arbitrariamente Estado y nación, o monarquía e imperio, con el espíritu civilizador cuya inevitable asociación con el catolicismo se deja un poco al margen. Comprende, tal vez, que sólo por el lado de la ficción, que es lo suyo, puede aportar algo más al debate sobre entidades tan resbaladizas como España, Portugal y Castilla. Su dos últimas obras, *Genio y figura* y *Morsamor*, lo intentan, integrándolo todo en vidas y milagros del pasado y del presente, aventuras, amores y muerte.

GENIO Y FIGURA… HASTA *MORSAMOR*

Valera no cambia apenas entre 1861 y 1887 en sus ideas sobre España, la antigua y la suya de ahora, la España moderna que sobrelleva con su viejo disfraz diplomático ya inservible, como los uniformes del doctor Faustino. En el último párrafo de *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-75) menciona Juan Fresco esos uniformes, simbolizando las malas o falsas ilusiones: el de doctor (vanidad científica, pedantería filosófica y el escepticismo que lleva a la falta de energía), el de miliciano nacional (confusión entre libertad y desorden o tumulto) y el de maestrante (la manía nobiliaria, asociada a la pereza y al despilfarro,

por desprecio del trabajo productivo). El vestuario es aquí alegoría de la lucha entre viejos y nuevos valores, pero con la conciencia ahora de que son contingentes, coberturas provisionales del vacío o desnudez interior (Moreno, 1999: 457). La melancolía romántica, el mal del siglo XIX, viene de esta conciencia. El hombre moderno termina entonces de hacerse, caracterizado por la elección propia –o subjetiva– de su creencia o de su compromiso, sea cual fuere; no obstante, Valera reafirma, a través de Juan Fresco, que hay valores perennes, o buenas ilusiones, como el amor o el arte, y lo confirma con su propia obra y su credo estético.

En *Genio y figura* (1897), penúltima ficción valeriana, la protagonista, la gaditana Rafaela, suicida como Faustino, es antecedente y contrapunto del aventurero Morsamor, daifa viajera de ida y vuelta entre Lisboa y Brasil, como el diplomático Valera. El capítulo IV comienza así:

> Hace ya mucho tiempo que ciertas niñas españolas, y particularmente las andaluzas, acuden a la gran ciudad de Lisboa, en busca de mejor suerte. Los señoritos de por allí, los janotas, que es como si dijéramos los jóvenes elegantes, dandies o gomosos de Portugal, se pirran y despepitan por las tales niñas españolas. De ellas aprenden a hablar un castellano muy chusco y andaluzado: flamenco, como ahora se dice no sé porqué. Ignoro si persisten estas costumbres; pero sí diré que, hace veinte años, todavía el vocablo española era en Lisboa sinónimo de lo que por aquí pudiéramos llamar hetera, suripanta o moza de rumbo. La afición decidida a las españolitas era entonces el más pronunciado síntoma y el más elocuente indicio de la posible unión ibérica. (Valera, 1897: 8-9)

Estamos a mediados del siglo XIX, cuando la unión ibérica pudo llevarse a cabo de nuevo, más aún poco después, ya sin monarquía borbónica, entre 1868 y 1874. En el comienzo mismo del capítulo I, que hace de marco narrativo con la conclusión, el narrador contrapone su creencia en el libre albedrío al determinismo del vizconde, su amigo portugués:

> Los ejemplos, en mi sentir, nada prueban. De ningún caso particular pueden inferirse reglas generales. Por esto creo yo que siempre es falsa o es vana cualquier moraleja que de una novela, de un cuento o de una historia se saca. Mi amigo quería sacarla de los sucesos de la vida de cierta dama que ambos hemos conocido y tratado con alguna intimidad, y quería probar su tesis y la verdad trascendente del refrán que dice: genio y figura, hasta la sepultura. Yo no quiero probar nada, y menos aún dejarme convencer; pero la vida, el carácter y los varios lances, acciones y pasiones de la persona que mi amigo ponía como muestra son tan curiosos y singulares, que me inspiran el deseo de relatarlos aquí, contándolos como quien cuenta un cuento. Voy, pues, a ver si los relato, y si consigo no adoctrinar ni enseñar nada, sino divertir algunos momentos o interesar a quien me lea. (Valera, 1897: 2)

Pero el cuento sí que tiene su doctrina, como se ve en las "Confidencias" de Rafaela, casi rozando la cursilería modernista, insertadas en el largo capítulo XXVIII, el último antes de la "Conclusión":

> Es inexplicable el sentimiento que llaman patriotismo. Sábete, Vizconde, si ya no lo sabes, que mi madre se llamaba la Pascuala, celebradísima como única en el cante gitano y en bailar el vito. Siendo yo muy niña todavía, me dejó huérfana y menesterosa. Bien sabe el diablo cómo después me he criado y he crecido. Nada debo a España. No recuerdo haber dejado por allí una sola deuda de gratitud. ¿Qué me va ni qué me viene con la decadencia o con la prosperidad de esa patria, donde sólo tuve de balde, o sea sin ganarlo yo, el aire que respiré, y obscuridad y desprecio? Y sin embargo no acierto a ponderarte lo muy patriota que soy. No lo son más las Duquesas y las Princesas que en Madrid viven y a quienes tantos respetan y adulan.
>
> Digo todo esto, porque en Lisboa se recrudeció mi patriotismo. ¡Qué gran Capital para nuestra gran nación, señora de dos mundos, hubiera sido aquella ciudad espléndida y hermosa, si D. Felipe el Prudente hubiera sido D. Felipe el Previsor y hubiera tenido más elevadas miras! (Valera, 1897: 156-7)

Está ya aquí prefigurado el "castellano" Morsamor en la figura tipológica de la gaditana Rafaela, suicida por amor a la muerte, o al revés, y resumido en pocas palabras todo el tema, o problema, de España. La España de Rafaela, como luego la de Morsamor, incluye Portugal y, a su vez, Morsamor es la contrafigura de Magallanes, el camino que lleva a éste a morir a Filipinas lo invierte Morsamor desde Macao, posesión portuguesa cercana; sin Portugal no hay patria, España va a fracasar, le falta algo constitutivo que Cervantes detalla, con alegría por la unión ibérica, en una de sus primeras obras, la tragedia *Numancia* (1581; Moreno, 2012), escrita justo después de la anexión del Prudente, quien vivió en Lisboa dos años, y lo corrobora en el póstumo *Persiles* (1617) con el desembarco de los protagonistas en Lisboa y su viaje de ahí hasta Roma por tierra, cruzando los tres reinos de la España de entonces y el territorio occitano-provenzal que los une a Italia. Lo sabían bien Francia e Inglaterra, coaligadas para hacer triunfar la Restauración portuguesa entre 1640 y 1668 y repartirse luego parte del imperio tras la guerra de sucesión (1700-1714), cuando los portugueses aún se consideraban españoles, dejando como rey de la nueva monarquía "española" a un Borbón demente y tutelado, como tutelado estaría también Portugal desde entonces por Inglaterra.

Si el autor habla, en principio, por boca del narrador no tarda en cambiar de posición y al final del capítulo VIII y al principio del IX nos encontramos con lo siguiente:

> En lo sucesivo, además, yo me retiro de la escena, donde, como actor, nada tengo que hacer. De esta suerte podré contar con menos dificultades y tropiezos lo que hagan los otros. En cuanto a mi amigo el Vizconde, yo no le retiro, sino que le dejo en la escena, porque es uno

> de los principales actores.
>
> Todavía, antes de proseguir contando la vida y milagros de Rafaela, me incumbe hacer una aclaración. Voy a penetrar, no ya como mero historiador, sino como novelista, así en los más apartados rincones de la casa de Rafaela, como en el centro más recóndito de su alma; pero por ningún estilo quiero fingir nada, y sólo penetraré en las profundidades donde el novelista penetra, cuando lo que yo muestre en dichas profundidades sea tan lógica consecuencia de la verdad históricamente demostrada que no pueda menos de ser también la verdad. Y sobre aquello de que yo no esté seguro, sino dudoso, no imaginaré ni bordaré nada, dejándolo en cierta penumbra y como entre nubes. (Valera, 1897: 32-33)

La crítica ha observado que las voces narrativas en la primera parte de la obra crean a veces ambigüedad o confusión respecto a diferentes escenarios de Europa y América, como si Valera quisiera ironizar con la pretensión naturalista de objetividad basada en testimonios y documentos. Todo cambia cuando la protagonista entrega sus "Confidencias" al vizconde y el lector accede al interior del personaje, como si fuera un viaje hacia su intimidad: "Por eso, –dice Rivas– toda la primera parte de *Genio y figura* ha de ser entendida como la expresión externa y frívola del personaje, y como una preparación para este momento de glorificación de la intimidad en el que la mujer descubre su mundo interior, desvanece las dudas que hubieran podido asaltar al lector y se muestra a sí misma desde la sinceridad del 'yo'" (2011: 288).

Quizás podamos situar a Valera en este momento dentro de la corriente esteticista de fin de siglo que alimenta también el modernismo; quizás haya algo en Rafaela de Hedda Gabler, suicida en la obra de Ibsen con ese título (1891), traducida por el institucionista José Caso Blanco en *La España Moderna* (1892, 47: 51-111). En sus "Confidencias", dice Rafaela: "Imaginan las gentes que el Amor y la Muerte son hermanos. Yo me inclino ya a creer que el Genio de la muerte es el amor mismo. Morir es el supremo acto de amor que puede hacer toda criatura*"* (Valera, 1897: 209). Rafaela se entrega al *Genio de la muerte*, que es el amor mismo, y su figura prefigura la de Morsamor, antiguo sobrenombre del caballero Miguel de Zuheros, participante en la batalla de Toro del lado portugués. En *Morsamor* hay otro tipo de engarce que el de *Genio y figura*, un marco narrativo más elaborado para el caso del anciano fraile Miguel de Zuheros y un *exemplum*, o ejemplo ilustrativo, como núcleo central, el viaje o aventura hacia oriente de Morsamor, reconvertido en caballero navegante por arte de magia, viaje del que extrae una moraleja antes de morir en el convento.

La Edad de Plata puede dividirse en dos mitades: la primera arranca del sexenio revolucionario (1868-1874) con Galdós y Valera, entre otros, coincidiendo con las guerras de Cuba y su final; la otra mitad arranca con el nuevo siglo y termina con la guerra civil. Podría decirse

que el último Valera, el que escribe *Genio y figura* y *Morsamor*, precede en pocos años al último Galdós, alejados los dos de la ideología del 98 sobre España, dependiente de la geografía que procede de Europa y de la doctrina de la influencia del medio, o *milieu*. Dice Miralles:

> En definitivas cuentas, así como el naturalismo galdosiano surge de las mismas entrañas de un idealismo romántico enfrentado a un realismo positivista, según he procurado demostrar en otro lugar, la obra narrativa de Valera, y en especial, Morsamor, la expresión más acabada de su poética, nace también del seno de un legado romántico, el original de procedencia germánica, bajo el signo de otra escisión, en este caso, entre los logros irreversibles del clasicismo y las aspiraciones más valederas, en su opinión, de un arte moderno. (1995: 301)

El legado romántico de Valera, evidente en *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-5), incluye la unión ibérica, no tan distinta de la unificación italiana como él pretende en 1861. El imperio Habsburgo del sur abarcaba también buena parte de Italia, la Hesperia u occidente para los griegos, y el reino de Nápoles –ciudad en la que Valera comenzó su carrera diplomática, antes de ir a Lisboa– fue parte de la magna Grecia y del reino de Aragón con Alfonso V, cuando los portugueses comenzaron sus exploraciones. España –la península ibérica– era el lejano oeste para los griegos y la Hesperia última de los romanos, pues Hesperia podía designar Italia (Virgilio, *Eneida*, I, 530-533) o Hispania, la *Hesperia ultima* (Horacio, *Odas*, I, 36, 4), o las dos (Servio, comentario a la *Eneida*, I, 530), unidas por la Gallia Narbonensis, es decir, el Languedoc y la Provenza. De hecho, Iberia podría considerase parte de Hesperia, el imperio meridional de los Habsburgo con lenguas y espíritu afines.[14]

Los italianos habían ido ya a China por tierra con Marco Polo y su papel en la navegación americana es muy importante desde el principio, de Colón a Vespuccio, y tanto el milanesado como el reino de Nápoles y Sicilia son también separados del imperio a principios del siglo XVIII. Morsamor va acompañado en su viaje desde Lisboa por un personaje italiano con un papel relevante, doña Olimpia de Belfiore:

> una de las más artísticas, hermosas, sabias y elocuentes mujeres, que ha producido Italia en nuestros días, en que renacen, más allí que en otras regiones de la antigua cultura greco-romana y las ciencias y artes de

14 Luis de Camoens, *Os Lusíadas* (1572), ed. A.J. Pimpao, Lisboa, Instituto Camoens, 1972, ii, estrofa 108.6 "De toda a Hespéria última, onde mora". La mención de Hesperia se repite en iv, est. 54.2; viii, est. 61.5 (Hespéria última) y est. 69.2 (última Hespéria). Camoens pudo tomarlo de Gaspar Barreiros, *Chorographia*: "E porque também Hespanha foi chamada dos Graegos Hesperia da mesma strella, lhe chamou Horatio Hesperia ultima, por diferença de Italia, que à respecto dos Graegos ê à primeira" (1561: 197).

> amor, de paz y de guerra. (…) lejos de ser una hembra adocenada, tiene portentoso ingenio y despunta por su mucha doctrina. En Italia la celebran de *mirabilmente colta*. Sabe latín como Nebrija; sabe también algo de griego; ha leído los poetas e historiadores antiguos y clásicos y los de su patria, y entiende tanto de cuanto hay que entender, que pasa por un Pico de la Mirándola o por un Fernando de Córdoba, con faldas. (2, II, 65-6)

Y el fraile que hechiza a Morsamor, Ambrosio de Utrera, mágico prodigioso, visita Roma al tiempo de la entrada triunfal en ella, con León X, de Tristán de Acuña (1514), explorador portugués en el Índico, pues Roma es ya capital ideológica del imperio (1, III-VI), desde que el papa Alejandro VI reparte el mundo entre los reinos de Castilla y Portugal con el tratado de Tordesillas (1494). En Italia no había naciones, dice Valera en sus artículos de 1861-2, pues sus repúblicas o principados no lo eran; en España sí, y son dos, pues con los Reyes Católicos, afirma sin fundamento, Aragón y Castilla se confundieron en una nación cuando Portugal, con ellas, debió hacerlo también. Con Felipe II, añade, la cosa llegó tarde, Portugal estaba derrotado y tuvo que someterse a Castilla, así que la revolución de 1640, sostiene, fue indispensable, sin tener en cuenta la derrota y fin de Castilla como reino con Carlos V ni la rebelión catalana contra Felipe IV ese mismo año, que sirvió para encender la mecha en Portugal.

¿Qué fuentes históricas maneja Valera? Probablemente, sobre todo, la *Historia de España* de Modesto Lafuente (1850-1867), cuya continuación, desde la muerte de Fernando VII, escribe, y alguna fuente portuguesa, quizás, evidentemente anterior a la *Historia de Portugal* de Oliveira Martins, favorable a las tesis iberistas y sin tanto énfasis en la nacionalidad. Además, el análisis geográfico por cuencas fluviales que hace Martins de la península ibérica en su *Historia de la civilización ibérica*, dedicada a Valera (1879, trad. 1894), choca de frente con el de la nueva geografía del francés Reclus y otros que se adopta como nuevo dogma por geógrafos, historiadores y literatos de fin de siglo, con la idea nueva de Castilla como meseta y fundamento de España, pese a la supuesta simpatía hacia Martins por parte de Menéndez Pelayo y Unamuno (García Martín, 1995, cit. en Hughet). En el prólogo-dedicatoria de Morsamor leemos:

> Creo que el mejor modo de obtener la regeneración de que tanto se habla, es entretenerse en los ratos de ocio contando cuentos, aunque sean poco divertidos, y no pensar en barcos nuevos, ni en fortificaciones, ni en tener sino muy pocos soldados, hasta que seamos ricos, indispensable condición en el día para ser fuertes. Ser fuertes en el día es cuestión de lujo. Seamos pues débiles e inermes mientras que no podemos ser lujosos. (…) recordemos vuestras pasadas glorias, no superadas aún por los pueblos más pujantes y engreídos que hay ahora en el mundo. (6-7)

Recordar pasadas glorias no está reñido –más bien al contrario– con imaginarlas alternativas, o contrafactuales, es decir, no perdidas aún del todo, en otro tiempo o en éste. Tal como indica Miralles en nota, Valera combina tres ejes temporales: dos de la historia ficticia de fray Miguel de Zuheros y de Morsamor, y un tercero del discurso en el que se instala el autor. Los dos primeros se entrecruzan, pues en la vida de Morsamor se alude al pasado de fray Miguel. Y ambos, en dirección prospectiva y retrospectiva, se cruzan con el presente del autor, como en el pasaje de la conversación entre Morsamor y Sankaracharia (2, XXXI-XXXIV); esto aparte de los intencionados anacronismos, como el del héroe anticipándose a Camoens en su retiro a la gruta de los cerros de Macao, y a Magallanes en su circunnavegación del planeta. (2, XXXIV, 227)

Este es un punto esencial. DeCoster (1990: 167) había señalado que Camoens es uno de los grandes impedimentos para la unión ibérica, porque magnifica el lenguaje y santifica la nacionalidad portuguesa con las hazañas de sus navegantes cantadas en *Os Lusíadas* (1572), pero olvida que para el poeta épico Camoens los portugueses son "esa gente fortísima de España" (I, 31, 2) que propaga el ideal católico o universal hacia el oriente, y que es tenido como "príncipe de los poetas de España" (edición de Faria e Sousa, Madrid, 1639), pues la poesía épica se considera superior a cualquier otro género literario[15]. Los anacronismos más o menos irónicos de Morsamor se combinan, como ocurre en las obras históricas más serias y documentadas, con anacronismos continuos que proyectan la situación de España y Portugal en el siglo XIX hacia cualquier otra época anterior, sin tener en cuenta que los portugueses, a pesar de la cruenta separación durante el siglo XVII, siguieron considerándose españoles hasta ya entrado el siglo XVIII, cuando España deja de ser una geografía para convertirse en un Estado borbónico.

De la misma manera, tanto Magallanes como Morsamor son españoles en su tiempo histórico, el uno portugués y el otro castellano, lo que le permite a Valera, justamente, oponer o complementar los viajes de ambos, uno "real" hacia el oeste, bajo la bandera imperial de Carlos V –no la de España– y el otro ficticio, hacia el este, bajo bandera portuguesa, como si Valera quisiera corroborar o remachar la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, un vasco éste, o sea, castellano del reino de Castilla; reino que, en el mismo tiempo el viaje, opone resis-

15 Ramiro de Maeztu sostiene en 1927, en su libro *Don Quijote, Don Juan y La* Celestina, que la epopeya máxima del ideal hispánico es la obra de Camoens: "A lo que habría que habituarse es a considerar *Os Lusíadas* y el *Quijote* como las dos partes de un solo libro escrito por dos hombres, a pesar de su disparidad aparente: epopeya y novela, verso y prosa, entusiasmo e ironía, Vasco de Gama y Don Quijote, héroes de la realidad y sombras de la imaginación. Donde acaban *Los Lusiadas* empieza Don Quijote" (1981: 44).

tencia al emperador y sucumbe, algo que hubo de tener en cuenta Valera cuando proyecta escribir la obra, al mismo tiempo que otros se llenan la boca de Castillas mesetarias como fundamento de España, con escaso fundamento histórico y geográfico.

MORSAMOR

Tal como se ha anotado, *Morsamor* consta de un meollo o segunda parte de cuarenta y cuatro capítulos titulados "Las aventuras", enmarcados en una primera parte de diez ("En el claustro") y en otra parte tercera de cuatro ("Reconciliación suprema"). Los modelos son citados en el texto:

> Y que no hubiera valido el remozarte sino para que tú hicieses sin razón la parodia de Beltenebros en la Peña pobre. Si es verdad lo que se refiere de D. Enrique de Villena, yo me complazco en esperar que no salga jamás de la redoma a vivir segunda vida para incurrir en las mismas necedades que hizo en la primera. Escarmienta tú en el caso del monje Teófilo, cuya historia nos refirió el poeta Berceo, y escarmienta en otros casos de algunos sujetos que ya se remozaron con el auxilio del demonio y no disparates como ellos disparataron. (2, VII, 89)

> Convencido estoy de que has querido darme una lección de moral, parecida en su traza a la que dio don Illán de Toledo, famoso mágico, a cierto ambicioso Deán de Santiago. Tú, con todo, no has querido demostrar que yo soy ingrato. Tú estabas seguro de mi gratitud. Más alta era la moraleja que de mi historia, semejante a la que refirió al Conde Lucanor su consejero Patronio, has querido tú sacar ahora. (3, IV: 276)

En el primer capítulo de la primera parte enlazamos ya con *Genio y figura* en el pasaje citado antes, relativo a la guerra de sucesión del siglo XV: "Fray Miguel a los treinta y cinco años de su edad se había refugiado en el claustro. Su última derrota había sido en la batalla de Toro, donde militó en defensa de doña Juana, en las huestes portuguesas" (1, IX, 43) […] "La significación del nombre que él como trovador y aventurero de armas tomar había adoptado. Fray Miguel se había llamado Morsamor en el siglo" (1, I: 9). Seducido de nuevo por las glorias mundanas de "los hijos de Iberia" (1, II, 15), añora su juventud: "lo que más le seducía, lo que ejercía fascinador influjo en su ánimo y le atraía poderosamente, era el éxito de los portugueses en la India" (1, II, 16). Entra entonces en escena otro fraile, Ambrosio de Utrera, un mágico prodigioso que ofrece al castellano Zuheros, mediante encantamiento, devolverle la juventud y embarcarlo, literalmente, el frente de un periplo desde Lisboa hacia el oriente, en sentido contrario al coetáneo del portugués Magallanes, que confirme, en tono mesiánico o profético los dominios universales que tendrá el pueblo español bajo un solo monarca:

> El pensamiento profundamente católico y español del Padre Ambrosio, si no auguraba, si no se atrevía a profetizar una monarquía universal, la creía posible y hasta probable. (1, III: 18) (…) Este brazo secular, este permanente Josué con que el Padre Ambrosio soñaba, era el pueblo español y era su soberano: flamante pueblo de Dios y nuevo e inmortal caudillo que la providencia suscitaría a fin de que se cumpliesen sus altos designios, de todo lo cual la lozanía juvenil de todo. (1, III: 20)

Al final de su periplo, sin embargo, Morsamor, proféticamente también, es pesimista, al tiempo que el narrador se deja llevar por lo anacrónico, que otras veces utiliza irónicamente; el imperio será vencido por los pueblos del norte:

> No, no era arco triunfal el que acababa de erigir y por donde gloriosamente se entraba en la edad moderna. Era más bien puerta con que él cerraba y terminaba un inmenso periodo histórico, una larga serie de más de treinta siglos, durante los cuales los pueblos que habitan en torno del Mar Mediterráneo habían sido guías, iniciadores, maestros y hierofantes del humano linaje. Egipto, Fenicia, Grecia, Italia y España, habían tenido sucesivamente el primado, el cetro y la virtud civilizadora. (2, XLIII, 257) …sin aquietarse Morsamor y pasando adelante en su cavilar lastimoso, supuso, por último, que la ciencia empírica, hija del exterior sentido, iba a arrebatarnos el imperio y a dársele a los pueblos del Norte, patentizando el jactancioso embuste de las profecías del Padre Ambrosio. (2, XLIII: 259)

El enlace de las aventuras de Morsamor con el marco narrativo final de cuatro capítulos se lleva a cabo al comienzo de esta última parte:

> Después de las portentosas aventuras que acabamos de referir y del trágico fin que tuvieron, bien podemos asegurar que no murió Morsamor. No nos consta de qué suerte pudo salvarse. En nuestra historia hay aquí una tenebrosa laguna. Saltemos por cima de ella y volvamos al convento en que el Padre Ambrosio seguía viviendo y ejerciendo sus artes mágicas. Por su virtud, aunque se ignore de qué manera, nadie en el convento había notado la ausencia de Fray Miguel y del hermano Tiburcio. Acaso el Padre Ambrosio había evocado y atraído a dos espíritus, que habían tomado la apariencia del fray Miguel. (3, I: 265)

Antes de morir, fray Miguel se confiesa al padre Ambrosio, pues "El pensamiento, cuando no se expresa y se determina por medio de la palabra, cuando persiste hundido en las profundidades de nuestro ser, sin comunicarse y declararse a otro ser inteligente, es confuso caos, de cuya verdad o de cuya mentira, de cuya bondad o de cuya insignificancia, no estamos seguros. La plena conciencia no aparece sino con la palabra emitida y comunicada. Por eso es con Dios coeterno su Verbo" (2, III: 281). La palabra es acción, viene a decir, como Fausto, el fraile activo, ya fuera de sus aventuras como Morsamor. Y el marco narrativo

se cierra con el pasaje del *Conde Lucanor* sobre el mágico don Illán de Toledo, al que añade un remate significativo:

> Tales son las consideraciones que me mueven a desechar primero el engreimiento personal y más tarde el engreimiento de nación y de casta. El amor de la mujer quedó, no obstante, firme en contra mía, atajando el camino por donde ansiaba yo acercarme a la reconciliación suprema.
>
> No; la causa de nuestro amor a la mujer no reside sólo en nuestro miserable cuerpo. Aunque el cuerpo decaiga, envejezca y enferme, el alma, inmortal, sigue amándola. No acierto a ponderar el esfuerzo pasmoso de mi voluntad para llegar a destruir, después de haber destruido y roto los demás ídolos, la imagen seductora de la mujer amada. Esta imagen, que llegué a suponer indeleble, lo perturbaba y lo bastardeaba todo en mi alma.
>
> En fin, mi empeño fue tan obstinado que logré borrar la imagen de Urbási, grabada en mi corazón como sello puesto allí por el demonio en señal de que yo era su esclavo. (3, IV: 283-4)

El tema predominante de todas las obras de Valera, el amor de la mujer, remata la última de ellas como despedida senil –sin el sentido peyorativo que le da Unamuno– en un cuento o ejemplo cuyo protagonista sirve de contraste con el doctor Faustino de su novela de 1875, los dos únicos casos en los que el protagonista principal no es una mujer. Las malas o falsas ilusiones de Faustino se convierten con Morsamor en "ideales concretos" (Amorós, 336), ilusiones verdaderas como son la aventura épica, la aventura del amor y la aventura estética, los grandes remedios contra el tedio de la existencia (Jankélevitch, 1963) o *mal del siglo* que Valera transmite a manera de testamento, pero no en el sentido que le da Ferreras, quien ignora el tema ibérico y hace de Morsamor otro antidoctor Fausto.

Morsamor no es un antidoctor Fausto, sino que ambos obedecerían al mismo impulso activo, al contrario que Faustino o el padre Ambrosio, personajes inactivos como el Fréderic Moreau de *L'éducation sentimental* (1869) de Flaubert (Moreno, 1998). Ese impuso activo es frustrado en buena parte con la Restauración borbónica, lo cual deriva en 1898 a la liquidación de la idea imperial comenzada en el siglo XVI y frustrada ya en buena medida desde el siglo XVII con las guerras de la restauración portuguesa y de sucesión.

Los pasajes en *Morsamor* más dignos de nota son, por todo ello, los relativos al impulso activo del protagonista y el imperio global ibérico. Se alude, por ejemplo, a la peculiaridad de las hazañas portuguesas hacia oriente frente a las de la conquista de América. Morsamor, como sus compatriotas "castellanos" en América, se adentran en la India y combate a los musulmanes en Benarés aliado a otras fuerzas locales (2, XVIII-XXVIII). Los portugueses, sin embargo,

> no penetraban por punto alguno en lo interior de las tierras y sólo de la mar eran señores. Carecían de fuerzas suficientes para hacer incursio-

> nes y conquistas en lo interior de aquellos dilatados países, que seguían para ellos, no sólo independientes, sino casi desconocidos. Los príncipes y señores orientales, cuando la victoria encumbraba a los portugueses, se postraban ante ellos y se les sometían medrosos; pero la sumisión era insegura y falsa. (2, XVIII: 143)

Se alude también a Carlos V en relación con la guerra de las Comunidades:

> A lomo de unas cuantas mulas traes contigo un tesoro de despojos; oculta en bolsa de cuero, bajo el sayo y pegada a tu carne, llevas gran cantidad de piedras preciosas, de tal valor algunas que podrías, vendiéndolas, adquirir con su precio la mitad de Castilla, o restaurar en todo su esplendor a Medina del Campo, que el ejército fiel a nuestro monarca Carlos de Gante, robó y asoló casi en los mismos días en que nos escapamos nosotros del convento en busca de aventuras. (2, XXIX: 202)

Hay varias anacronías dignas de mención. Por ejemplo, Doña Olimpia habla sobre el canal de Suez, que pudieron haber construido sus compatriotas los venecianos:

> Con menos tiempo y trabajo –repuso donna Olimpia– me parece a mí que, si mis compatriotas los venecianos se hubiesen puesto de acuerdo con árabes y turcos y con el Soldan de Babilonia y con el de Egipto, tal vez hubieran podido abrir algún ancho canal por donde sin tantos rodeos hubieran pasado sus naves del mar Mediterráneo al mar Rojo, encaminándose luego por allí hasta más allá de Trapobana, a Cipango y al remoto país de los Seras. (2, XI: 111)

El edificio de los monjes tibetanos es comparado por el narrador con los colegios de jesuitas: "No tardaron mucho en hallarse a la vista de un edificio tan suntuoso, grande y de tan florido estilo, que en su comparación, parecía miserable choza, la casa más capaz y elegante de Padres Jesuitas, sin exceptuar la que tienen en Loyola" (2, XXX: 207). En paralelo, la ironía sobre la educación del niño etíope que tiene doña Olimpia: "Donna Olimpia proyectaba criar y educar a su Principito con el mayor esmero por monjes benedictinos, ya que todavía ni San Ignacio de Loyola, ni San José de Calasanz habían fundado escuelas" (2, XLII: 259)

Por último, el encuentro imaginado en el Pacífico de la nave de Morsamor con la nave *Victoria* que da la vuelta al mundo:

> Miguel de Zuheros tuvo entonces una visión extraña de tal consistencia, que le pareció realidad y no delirio de la mente. Podría ser espejismo, algo cuya causa él no se explicaba, pero algo que estaba fuera de él: que era real y no imaginado. A no mucha distancia de su nave, vio Morsamor otra nave que navegaba a toda vela con próspero viento y en dirección contraria. (…) El piloto afirmaba que también había visto la nave, que en el tope de su palo mayor ondeaba la bandera de Castilla y que en su proa se figuraba haber leído este nombre simbólico: Victoria. (2, XXXVII: 238-9)

CONCLUSIÓN

Al tiempo que Valera escribe *Genio y figura* y *Morsamor*, con su sueño de imperio global, inseparable del tema de la unión ibérica, los escritores noventayochistas se recogen coincidiendo en una explicación reductora sobre el llamado *problema de España*; con el apoyo del determinismo geográfico e histórico construyen una Castilla mesetaria como lugar común, en sentido propio y en sentido retórico (Moreno, 2000: 196-7); entre ellos, entonces, el jacobino Antonio Machado, quien nada más llegar a Soria, en 1907, resume las ideas que trae en su primer poema de allí, "A orillas del Duero", fechado en julio, ideas enmarcadas en la descripción de un paseo al atardecer que no acaba de encajar en el tópico mesetario castellanista del 98:

> El Duero cruza el corazón de roble / de Iberia y de Castilla. ¡Oh tierra triste y noble / la de los altos llanos y yermos y roquedas, (…) Castilla miserable, ayer dominadora / envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora. (…) ¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra / de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra. La madre en otro tiempo fecunda en capitanes / madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes (…) la madre de soldados, / guerreros y adalides que han de tornar, cargados, de plata y oro, a España, en regios galeones / para la presa cuervos, para la lid leones.

Soria está, como la cercana Numancia, en el alto Duero, entre colinas, collados y roquedos sobre el río. Cuatro siglos antes, en el cénit del imperio, España y el río Duero son personajes alegóricos en *La Numancia* cervantina (1581, vv. 509-524). El río entona allí una profecía en la que se alude al futuro imperio de Felipe II, presuponiendo en él la anexión del reino portugués, sin el cual España no está completa. El pasaje final de la profecía dice así:

> Un rey será, de cuyo intento sano / grandes cosas me muestra el pensamiento: / Será llamado, siendo suyo el mundo, / el Segundo Filipo sin segundo. / Debajo deste imperio tan dichoso / serán a una corona reducidos / por bien universal y (a) tu reposo / tres reinos hasta entonces divididos: / El jirón lusitano tan famoso, / que un tiempo se cortó de los vestidos / de la ilustre Castilla, ha de zurcirse / de nuevo y a su estado antiguo unirse. / ¡Qué envidia, y qué temor, España amada, / te tendrán las naciones estrangeras, / en quien tu teñirás tu aguda espada / y tenderás triunfando tus banderas!

Castilla vale aquí como reino unido de Castilla, León y Toledo con Alfonso VII,[16] del que se separa el condado de Portugal, jirón cortado

16 La Castilla histórica debe su nombre a dos figuras retóricas combinadas constitutivas: la elipsis y la sinécdoque, por ser el primer título que ostentan los reyes, además

o desgarrado de su blasón.[17] Numancia va asociada, frente a Roma, al guerrero lusitano Viriato y Cervantes hace morir a un personaje con un nombre parecido en la ciudad celtibérica, pero numantinos y lusitanos unidos pueden verse como antecedentes o figuras tipológicas del imperio global de Felipe II implícito también en *Morsamor*, el mismo quinto imperio que los portugueses quieren para ellos solos en el siglo XVII, bajo la prédica del jesuita Antonio Vieira y desde el mito del regreso del rey don Sebastián, que Pessoa recupera para toda la península en sus textos sobre Iberia.[18] Este sería, ni más ni menos, el problema de España que Valera columbró y donde los del 98 no dieron sino palos de ciego, desde su idea de Castilla como fundamento de una España sin Portugal.

---

de muchos otros, en el orden de la herencia. En paralelo, España se constituye, desde el siglo XVIII, como una sinécdoque geográfica (la parte mayor por el todo).

17 El jirón o blasón con las quinas de Portugal volvió a usarse en el escudo real desde 1581, hasta que los Borbones lo sustituyeron por las flores de lis. Todavía puede verse en la puerta de las Descalzas de Madrid o en alguna fuente de Nápoles, por ejemplo.

18 "Y en la mañana nebulosa de nuestro misticismo despierto nacerá por fin, resucitada, la figura simbólica de D. Sebastião. Y de esta forma empezará el Quinto Imperio. (…) La aspiración colectiva donde se encuentran el Mediterráneo y el Atlántico: todas las reminiscencias de las pasadas civilizaciones paganas y árabes y todas las evocaciones aventureras de las fuertes civilizaciones de más allá del mar." (Pessoa, c. 1915, 2013: 69). Compárese con la cita anterior (Pessoa, 1980: 12) sobre "la España actual", es decir, Castilla (?) imperando contra natura en un agrupamiento fallido, porque no absorbió ni Galicia ni Cataluña.

OBRAS CITADAS

Amorós, Andrés. *La obra literaria de don Juan Valera*. Madrid: Castalia, 2005.

Ares Montes, José. "Juan Valera y *Os Lusíadas*." *Revista de Filología Española*, Vol. LVI, Núm. 1/2, 1973: 53-65.

Avalle Arce, Juan Bautista. "Introducción." *Morsamor*, Barcelona, Labor (1970), en *Juan Valera*, *El escritor y la crítica*, Madrid: Taurus, 1990: 415-437.

DeCoster, Cyrus. "Valera y Portugal." *Arbor*, Vol. XXXIII, 1956: 398-440 y *Juan Valera, El escritor y la crítica*, Madrid: Taurus, 1990: 162-175.

Fernández Cordero, Carolina. "El caballero encantado: una revisión del Quijote." *Verba Hispanica*, Núm. 15, 2007: 143-150.

Ferreras, Juan Ignacio. "*Morsamor*, testamento literario de la generación del 68." Introducción a una sociología de la novela. Madrid: Edicusa, 1973: 225-239.

Gullón, Ricardo. "La invención del 98." *Cuadernos hispanoamericanos*, Núm. 226-227, 1968: 150-159.

Jankélévitch, Vladimir. *L'aventure, l'ennui, le sérieux* (1963). Paris: Flammarion, 2017.

Juliá, Mercedes. "'*Morsamor*', novela modernista." *Draco*, Núm. 2, 1990: 133-139.

Kumar, Krisham. "Nation-states as empires, empires as nation-states: two principles, one practice?" *Theory and Society*, Núm 39, 2010: 119-143.

Martins, Joaquim P. de Oliveira. *História da Civilisação Ibérica*. Lisboa: Bertrand, 1879.

Miralles García, Enrique. "A la vuelta de una centuria: el romanticismo de Valera en *Morsamor*." Gabriel Oliver, Helena Puigdomènech, Marisa Siguan (coords.), *Romanticismo y fin de siglo*, Barcelona: PPU, 1992: 295-305.

Moreno Hernández, Carlos. "Valera, Flaubert y las ilusiones." *Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. 75, Núm. 1, 1998: 65-77.

—. "Valera, Faustino y el mal del siglo." *Revista de Literatura*, Núm. 122, 1999: 449-466.

—. *En torno a Castilla. Ensayos de historia literaria*. Las Palmas, Gobierno de Canarias/Fundación UNED, 2000.

—. "El jirón lusitano en *La Numancia*. Siglo de oro e imperio católico." *Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. 89, Núm. 1, 2012: 15-30.

Pessoa, Fernando. *Ultimátum e Páginas de Sociologia Política*. Lisboa, Ática, 1980.

—. *Iberia. Introducción a un imperialismo futuro*. Valencia, Pre-textos, 2013.

Rina Simón, César. "Límites y contextos de lo iberismos en el siglo XIX." *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica*. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2017: 217-234.

Rivas Hernández, Ascensión. "El valor de la técnica narrativa en *Genio y figura*." *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, Núm 36, 2011: 283-292.
Rodríguez Puértolas, Julio. "Galdós y El caballero encantado." *Anales Galdosianos*, Vol. VII, 1972: 117-127.
Romero Tobar, Leonardo. "Introducción." *Morsamor.* Barcelona: Plaza&Janés, 1984: 13-56.
Salinas, Pedro. "El problema del modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus." *Literatura española. Siglo XX*, Madrid: Alianza Editorial, 1970: 13-18.
Unamuno, Miguel de. "La casta histórica castellana." *La España Moderna*, Núm. LXXV, marzo de 1895: 57-82.
—. et al. *Epistolario a Clarín*. Vol. I, Madrid: Ediciones El Escorial, 1941.
Valera, Juan. "España y Portugal." *Revista Ibérica*, Vol I, Núm 5, 1861: 349-362; Vol. I, Núm 6, 1861: 429-442; Vol. II, Núm 2, 1862: 73-91.
—. *Estudios críticos sobre Literatura, Política y costumbres de nuestros días*, Madrid, Lib. de A. Durán, 1864.
—. "El budismo esotérico." *Revista de España*, Núm. 116, 1887: 161-170.
—. Reseña a Joaquín Oliveira Martins. *História da Civilização Ibérica* (Lisboa, Bertrand, 1879, 3ª ed. 1885). *Revista de España*, Núm. 117, 1887: 593-611 (I); Núm. 118, 1887: 282-301 (II) y 580-599 (III).
—. *Genio y figura*. Madrid, Fernando Fe, 1897.
—. *Morsamor*. Madrid, Fernando Fe, 1899.